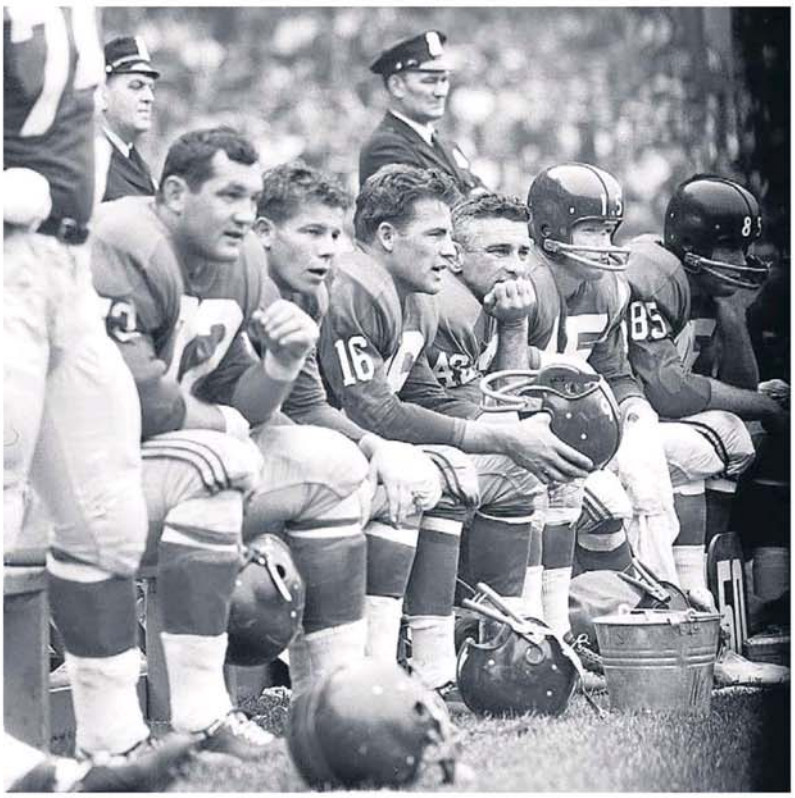
Escrituras



El jugador de fútbol americano Frank Gifford luce el dorsal 16 en el Yankee Stadium de Nueva York en el año 1959. Se trata del exitoso compañero de instituto de Frederick Exley

ROBERT RIGER / GETTY

Narrativa Cuatro décadas después de su publicación en Estados Unidos, la editorial Duomo presenta la primera traducción española de una novela capital de Frederick Exley, narrada en sintonía con el espíritu airado de los sesenta

Rabia y tristeza por América

Frederick Exley
Desventuras de un fanático del deporte
Traducción de Antonio Prometeo Moya

DUOMO
409 PÁGINAS
22,80 EUROS

ROBERT SALADRIGAS

La novela se publicó en 1968 con el título de *A fan's notes. A fictional memoir*. Nada que ver, pues, con el *Desventuras de un fanático del deporte* que aparece en la portada de la primera traducción española (¡cuarenta y cuatro años más tarde!). Mientras, el autor, Frederick Exley, nacido en Watertown (Nueva York) en 1929, murió en 1992 y dejó este libro y otros dos, *Pages from a Cold Island* (1975) y *Last notes from home* (1988). Y una rotundamente justificada fama de narrador potente, entronizado por sus fieles devotos.

No me es posible entender por qué ese libro capital de Exley ha tardado más de cuatro décadas en ser traducido. Ni el motivo por el que algunos críticos de la época del prestigio de Malcom Bradbury, autor en 1983 del manual *The modern american novel*, ignoran su existencia. ¿Cómo se explica si Exley, en sintonía con William G. Gass, Josep Heller, Kurt Vonnegut, Richard Brautigan o incluso Thomas Pynchon, participó del espíritu airado y sarcástico de los sesenta, en particular de la segunda mitad de la década? Los Kennedy y Luther King habían sido asesinados y luego la guerra de Vietnam alcanzó una intensidad suicida. Así que roto el sueño –la nueva frontera kennedyana– y las dimensiones del fracaso individual y colectivo, los escritores norteamericanos se vieron en la necesidad de indagar en su psique y en la de todo el país para sobreponerse al desconcierto y dar respuesta a las exigencias del tiempo histórico.

> Ningún estrato de la sociedad americana escapa a la mirada indomable y a la furia corrosiva de Exley

Eso es lo que también se planteó Frederick Exley, pero eligiendo su propio camino. Al abrir el libro hay una "advertencia al lector": los acontecimientos que se describen "guardan cierta semejanza con los de ese largo malestar que es mi vi-

PATROCINADO POR
endesa

Printed and distributed by NewspaperDirect
www.newspaperdirect.com US/Can: 1.877.980.4040 Intern.: 800.6364.6364
COPYRIGHT AND PROTECTED BY APPLICABLE LAW

da", pero la mayoría de personajes y episodios son fruto de la imaginación. Por consiguiente, Exley pide que se le "juzgue como autor de fantasía". Muy bien, pero no se puede olvidar que el libro está escrito en primera persona; y que el narrador que nos guía a lo largo de casi medio millar de páginas de texto bastante compacto dice llamarse Frederick Exley, un tipo paranoide, natural de Watertown, cuyo Dios en la tierra es un compañero de instituto y legendario jugador de los Giants llamado Frank Gifford, en tanto que él, Freddy, carne de frenopáticos, alcoholizado, busca su espacio humano de supervivencia sin hallarlo y trata de reflejar "ese largo malestar que es su vida" en un libro brutalmente ácido, de sangre en ebullición, que encierra los irritados demonios de una memoria supuestamente ficcional.

Pero lo que distingue a Exley de sus compañeros de generación que como él se reconocían inmersos en un clima de violencia, locura y dolor –lo que llevó a Kurt Vonnegut a poner en solfa un "humor de patíbulo"–, es que en esas *Desventuras de un fanático*... el personaje Frederick Exley hace de América el objetivo de sus interpelaciones. Aquí la nación no es una mera excusa argumental, ni la ira del narrador tiene afinidad intelectual con el romanticismo de Kerouac o los gritos-dardos de Ginsberg. Exley pasa largas temporadas internado en manicomios –*Alguien voló sobre el nido del cuco* de Ken Kesey es de 1962–, bebe para no sentir, rechaza empleos, hiere a su madre, a su padrastro, a su esposa y a sus hijos gemelos, se pelea con los demás y recibe sus palos porque un día comprendió que, a diferencia de su padre y de su admirado Frank Gifford, estaba condenado a sentarse en el graderío con la multitud y aclamar a los otros: "Mi suerte, mi destino, mi meta era ser un hincha como los demás".

Ningún estrato de la sociedad norteamericana de aquellos años escapa a la mirada indomable y a la furia corrosiva de Exley: las relaciones laborales, la enseñanza, el poder económico, la psiquiatría, el deporte, los abusos de la amistad, las trampas del amor, el lenguaje de la violencia, la fragilidad de la esperanza... La América que Exley interpela y descuartiza sin rodeos, a la que hace responsable de su fracaso cívico y ante cuya tiranía se descubre "irracionalmente corriendo", se supone que hacia ninguna parte como lo hacía Conejo, el personaje referencial de John Updike, es la América de Nathaniel Hawthorne, del Ignatius Reilly de Kennedy Toole, de John Hawkes, de John Barth, de *A sangre fría*, la "novela de no-ficción" de Truman Capote. Lo asombroso del libro de Exley es que al cabo del tiempo conserva intacta la potencia de su carnalidad malherida. Es lo que lo hace grande.

Autor de culto

Para el próximo otoño la editorial Duomo anuncia la llegada a las librerías españolas de la novela que Brock Clarke publicó el año 2010 con el título escueto de *Exley*. Cuenta la historia de un niño abandonado por su padre –cree haberle localizarlo en un hospital de veteranos de Iraq– que inicia la búsqueda de Frederick Exley, autor de *A fan's notes*, el libro favorito de su padre, creyendo que el hombre sanará si él consigue encontrar al autor en las calles de su Watertown natal.

Ante todo, Clarke rinde homenaje a la obra mítica de Exley, urdiendo una autobiografía de ficción en la que por supuesto se dilu-

yen los límites entre la realidad y lo imaginario.

La existencia del texto de Brock Clarke –habrá que leerlo cuando aparezca– basta para medir el peso de Exley en la memoria de la novela norteamericana contemporánea. Pienso que merecido después de haber vivido la experiencia de descubrir al creador de *Desventuras de un fanático del deporte* y celebrar la profundidad de su desgarro. Lo que me parece absurdo es que haya llegado con tantísimo retraso. ¿Cómo podríamos razonarlo? **R.S.**

Latidos

El pedigrí de Gallimard

SERGIO VILA-SANJUÁN

Gallimard, el sello editorial más prestigioso de Francia, está de actualidad estos días. Por una parte celebra el cuarenta aniversario de su colección de bolsillo, Folio. Tratándose de un sello nacido en 1919, y que cuenta con el mejor fondo literario de su país, llama la atención que tardara tanto en crearla. La razón es que hasta principios de los años setenta Gallimard tenía un acuerdo con su principal competidor, Hachette, para que publicara en versión económica sus títulos en la colección Le Livre de Poche, fundada en 1953 y con dominio del mercado.

En 1971, Claude Gallimard, hijo del fundador Gaston y padre del actual presidente Antoine, decidió romper el acuerdo y crear un sello de bolsillo propio. El primer título publicado por Folio fue, claro, uno de sus grandes clásicos, *La condición humana*, de André Malraux. Desde entonces han seguido otros cinco mil, con un superventas claro: *El extranjero*, de Albert Camus (del que Gallimard ha vendido en total más de diez millones de ejemplares). Folio, que genera casi el 40% de la facturación de la editorial, no ha conseguido sobrepasar a su vieja precursora: tiene el 14% del mercado del bolsillo francés, mientras que Le Livre de Poche representa el 20%.

Por otra parte Gallimard es uno de los potenciales compradores de Flammarion, séptima editorial francesa puesta a la venta por su actual propietario, el grupo italiano RCS Media Groupi. El tema es atractivo para la prensa cultural parisina porque la directora actual de Flammarion es la mítica Teresa Crémisi, antaño brazo derecho de Antoine Gallimard. Tuve la oportunidad de entrevistarla en público en el año 2008 en CaixaForum, dentro del ciclo 'La edición se reinventa', y allí contó que el paso a Flammarion le representó "dejar la edición independiente para ir a trabajar a un gran grupo que cotiza en bolsa y donde la revisión de los estados financieros es permanente", y que "nunca montó su propia editorial porque quería ser editora y no empresaria. Sin embargo, en Flammarion tuvo que asumir ambos roles".

La relación de Teresa Crémisi con Antoine Gallimard, así como las de éste con sus hermanos y tíos, y las de todos con su célebre abuelo dan mucho de sí. Pierre Assouline dedicó al fundador en 1984 una biografía clásica. Alban Cerisier, encargado de fondos documentales de la casa, la ha complementado con información nueva –sin esquivar la relativa a los equilibrios de Gallimard durante la Ocupación y la ignominiosa denuncia de autores propios judíos realizada por el directivo Brice Parain–, y llega hasta hoy en su divulgativo *Gallimard. Un éditeur à l'oeuvre*, publicado en la colección Découvertes. Con sus directores legendarios –Jacques Rivière, Jean Paulhan– su aristocracia de firmas como Proust, Sartre, Claudel, sus oficinas que llegaron a contar con un bar para autores, Gallimard sigue ejemplificando como pocos la edición con pedigrí contemporánea.

En los años veinte, en su sede de la Rue de Beaune, Gallimard contaba con bar y un espacio para que sus autores trabajaran

Printed and distributed by NewspaperDirect
www.newspaperdirect.com US/Can: 1.877.980.4040 Intern.: 800.6364.6364
COPYRIGHT AND PROTECTED BY APPLICABLE LAW